

DEMOCRACIA, PARTIDOS Y LIDERAZGOS EN NUEVOS TIEMPOS PARA AMÉRICA LATINA

*Julio Maria Sanguinetti**

1. La democracia en el comienzo del siglo XXI

Nuestro tema es la democracia en este comienzo de siglo, la democracia en este tiempo, en los albores del siglo XXI, porque en realidad estamos ya iniciando un nuevo ciclo histórico, terminado el siglo XX. Si bien los siglos los medimos en la apretada consulta del calendario, los cursos históricos están mucho más allá de ellos. El siglo XIX no empezó el 1º de enero de 1800 sino en julio de 1789, cuando la Revolución Francesa inauguró el ciclo de las revoluciones, impuso un sistema de ideas y lanzó una aventura que desembocó en conflictos entre la democracia liberal por un lado y el restauracionismo monárquico por otro, que signaron todo el siglo XIX. Los grandes hitos, 1789 la Revolución Francesa, 1815 el Congreso de Viena, en el cual los grandes imperios soñaron con la restauración o la reafirmación de lo que era su vieja concepción marcaron la época.

Ese siglo se arrastró en realidad hasta 1914 cuando la gran guerra europea terminó ese cuadro de situaciones y conflictos. A su fin desaparecieron los dos grandes imperios superstitios, el austro-húngaro y el ruso y comenzó la declinación de entonces imperio dominante: el británico. Nacieron allí las nuevas potencias. Desde 1914 hasta 1989, hemos visto el diálogo, la tensión dialéctica entre las dos grandes potencias que emergieron, luego de la guerra de 1914-1918: Estados Unidos y la Unión Soviética, esta última heredera de la Rusia zarista.

* El presente artículo es una versión corregida de la presentación oral realizada en el VI Curso Internacional de Elecciones (IIDH/CAPEL, Costa Rica, 1993).

Ambas además de ser las dos potencias dominantes del escenario geopolítico, representaban concepciones filosóficas, sociales y económicas enfrentadas que han sido los elementos básicos configuradores de este Siglo XX.

Ese mundo cayó el 9 de noviembre de 1989 cuando comenzó la destrucción del Muro de Berlín, naciendo allí entonces una nueva situación que inaugura el siglo XXI, en la cual nos encontramos inmersos.

Ese día simboliza la derrota política del marxismo, ideología que confrontó al liberalismo democrático desde el fin del siglo XIX y adquirió una fuerza turbulenta y arrolladora tras la revolución rusa y especialmente al fin de la Segunda Guerra Mundial.

Ese es en realidad nuestro mundo. Uno que se empieza a construir hoy, que está naciendo con un nuevo equilibrio de poderes que ya no es aquel en que mi generación se formó. Con un debate ideológico que ha superado lo que fuera el imperante de todos estos años, una nueva situación en la cual se comienza a discutir casi exclusivamente dentro de la concepción democrática liberal, dentro de la filosofía liberal en el más amplio sentido de la palabra.

Está naciendo un nuevo tiempo, un nuevo siglo, pero él, con todo lo que tenía de augural, con todo lo que pareció alumbrar de certezas en ese 1989 que pareció decirnos que todo comenzaba a ser cierto, muestra hoy incertidumbres. En 1989 se anunciaba un nuevo orden mundial, en el cual hasta se clausuraba la detención de la dialéctica histórica en las concepciones neohgelianas que hablaron de un fin de la historia, retomando una vieja concepción de la filosofía de Hegel.¹ En ese año celebramos el bicentenario de la gran Revolución Francesa. En ese mismo instante, en que parecía que entrábamos en ese mundo de certidumbres, comenzamos, sin embargo, a vivir una nueva aventura de cuestionamientos y de dificultades en la vida democrática.

Todo aquello que en el 89 parecía tan exacto, tres años después ya estaba cuestionado y Europa fue, de 1989 a 1992, el gran escenario del cambio geopolítico y de la transformación de las ideas. Salimos de una situación de alta confrontación, signada por el terror mutuo que analizó el maestro Raymond Aron², pero con ciertos grados de certidumbre, a una de confrontaciones bajas en cuanto a posibles resultados, pero con gran incertidumbre para su manejo. En sólo tres años se

1 La referencia es a Francis Fukuyama, 1991 (Nota de los compiladores).

2 La referencia es a Paz y guerra. (1962) (Nota de los compiladores).

modificó aquel clima de esperanza, aquel clima de exactitud diría yo, en lo que iba a ser un mundo perfectamente acomodado. A partir de allí, la democracia fue cuestionada, los conceptos de representación comenzaron a ser discutidos. Hasta la propia paz que parecía definitivamente asegurada por el alejamiento de la gran confrontación de las megaorganizaciones militares, que amenazaban con una “guerra de las galaxias”, nos dejan, sin embargo, una conflictualidad permanente, más localizada. Nos deja una eclosión étnica y una frustrante sensación de impotencia porque, en aquel momento nos imaginábamos que el derecho internacional iba a tener un instrumento de coerción igual al de los derechos internos de cada Estado.

Nadie es ya dueño de un futuro que parecía muy claro en 1989. Del anunciado “fin de la historia” hemos vuelto a darle la razón a Heráclito: “No se puede bañarse dos veces en el mismo río”. La corriente parece ser la misma, pero las aguas no lo son, y debemos zambullirnos en este río.

La guerra del Golfo Pérsico de la gran coalición contra Irak pareció mostrar que eso era posible. Poco después, la guerra en la hoy fenecida Yugoslavia, nos demostró dramáticamente que aquello había sido una vana ilusión. Que cuando había petróleo para financiar ejércitos, era fácil imponer el derecho, cuando él faltaba, no se podía ni siquiera detener un genocidio en el propio territorio europeo.

Estos acontecimientos dramáticamente nos está diciendo que está naciendo un nuevo tiempo, pero que recién estamos tratando de ver si podemos construir un nuevo orden, porque aquel que parecía haber irrumpido para quedarse para siempre, no era tal.

2. Crisis y cuestionamiento

En ese escenario la democracia triunfante comienza su propia crisis y su propio cuestionamiento. En el mismo instante en que celebra su victoria frente a su adversario teórico, comienza su cuestionamiento. La falta de referencia, la falta quizás del enemigo, la enfrenta a esa situación.

Acude entonces a mi memoria el personaje de André Malraux y su célebre libro sobre la Guerra de España³, que dice que el intelectual es el hombre de las gradaciones, es el hombre de las verdades en sí, es el hombre de las complejidades. La acción en cambio siempre tiende a la simplificación, la acción política es siempre maniquea, por eso el revolucionario y aun el político toman esa actitud. Lo que

3 Ver *L'Espoir* de 1937. (Nota de los compiladores).

expresa el autor a través del personaje puede ser muy discutible, de algún modo nos está diciendo que por esa causa nuestra democracia empezó a cuestionarse en el momento en que no tuvo el otro término referente, su enemigo. Ese blanco-negro, esa definición maniquea que mueve a la acción y que, de algún modo, la paraliza y la cuestiona, cuando desaparece lleva a una nueva cuestión. Sin referencia enfrente, la democracia comenzó a vivir su propio cuestionamiento.

Se produce en un momento en que tanto en el mundo intelectual como en la sociedad hay una especie de nostalgia de las grandes causas frente a la necesidad de pragmatismo, de atender a las cuestiones que afectan a la supervivencia cotidiana. Luego de dos siglos, presididos por la atención sustancial hacia lo político, en los cuales ubicamos siempre la realización individual en ideales sociales, en ideales colectivos, que estaban más allá de las personas, el nuevo mundo que surge está produciendo una sensación de vacío y nostalgia. Nadie se siente parte en definitiva de un gran movimiento, de una gran causa universal que mueva a la acción. Ese propia caída del debate ideológico es lo que ha ido reduciendo la pasión por el fenómeno público, la propia crisis y debilitamiento del estado nacional como elemento decisivo y el de todos aquellos que, en definitiva, se configuran en torno a ese estado.

El individuo de ciudadano ha pasado a ser en primer lugar un consumidor y el Estado ha evolucionado. Ya no es el articulador, el ente que nos envolvía y con el cual nos identificábamos a través del sentimiento patriótico. Hoy pasa a ser apenas un mero Estado gestor, una organización de administración de recursos siempre insuficientes. Allí está esencialmente dibujada lo que es la angustia y las incertidumbres de este tiempo. También las perplejidades que estamos viviendo en el terreno de las ideas.

América Latina no podía estar ajena a todo este movimiento y se encuentra, luego de los años 80, en un vigoroso proceso de democratización que hubo que llevar adelante paralelamente a una crisis económica de las más profundas del siglo, comparable sólo a la que vivimos en la década de 1930. Luego de los años sesenta y setenta con un buen crecimiento económico, los ochenta a partir de la moratoria de la deuda externa de México, nos hundieron en lo que los economistas llamaron "la década perdida". El centro de debate fue esa deuda externa. Paralelamente, estos países nuestros tuvieron que hacer el esfuerzo de administrar esa crisis y, a la vez, reconstruir sus democracias. Por eso la década no fue perdida, sino ganada para la democracia.

Fueron años muy duros, tanto que cuando vistos en perspectiva hay que señalar el enorme esfuerzo realizado por toda América Latina. El célebre informe de

Keynes⁴ decía, después del Tratado de Versalles, que era inevitable una nueva guerra, porque ningún país resistía lo que se le había impuesto a Alemania, que consistía en afectar el 20% de sus exportaciones al pago de la deuda de guerra. América Latina pagó en esa década el 50% de sus exportaciones totalizando 230 mil millones de dólares, lo cual mide hasta qué punto fue colosal el esfuerzo que realizaron nuestros pueblos. Muchos de nuestros países aún tienen pendiente este sacrificio, que se agrava por los nuevos endeudamientos en que hubo que incurrir.

Pero esta democratización, que ha sido construcción por primera vez en muchos países y restauración en algunos otros, tiene hoy para su consolidación -que es el objetivo que todos estamos buscando- una situación geopolítica más favorable. No hay duda que la superación de la confrontación Este-Oeste, es un elemento sumamente favorable para este proceso de democratización. Hoy en la perspectiva histórica no podemos ignorar hechos que los historiadores tendrán que ir indagando y reubicando, ocurridos en el tiempo en que la guerra fría tuvo una frontera caliente en América Latina y muy especialmente en América Central. Nadie puede dudar hoy que desde países del Este se alentó, se financió y se organizaron muchos de los movimientos guerrilleros que en aquellos momentos sembraron violencia y nadie puede tampoco ignorar que, desde los centros de poder en Estados Unidos se alentaron, financiaron y organizaron también golpes de Estado para combatir aquellas guerrillas que nacían.

De modo que hemos sido muchas veces víctimas, incluso inconscientemente de una puja geopolítica muy fuerte, jugada a través de la confrontación indirecta, que en nuestra América nos costó y nos obligó a pagar un pesado tributo en sangre y en nuestras libertades.

Actualmente se presenta un escenario mejor para esa consolidación democrática, debido a la caída de aquellas ideologías revolucionarias lo cual permite mirar hacia el futuro con más confianza. Nadie cree ya en aquellas ilusiones, en aquellos movimientos de utopía violentista que nos iban a conducir a paraísos que, lejos de alcanzarse, resultaron en grandes tragedias colectivas.

A su vez, este proceso de consolidación democrática tiene que enfrentar enormes dificultades en el ámbito socioeconómico. Tenemos un fenómeno de caída de precios en los productos básicos de exportación, muy importante, que quizás persista porque hoy no sólo hay un cambio geopolítico, también hay una nueva revolución industrial en curso y eso ha significado una desvalorización indiscutible

4 Consecuencias económicas de la paz (Nota de los compiladores).

de los valores de las materias primas que quizás persista por muchos años, y cuyo cambio no se avizora. La CEPAL (Comisión Económica para América Latina), no hace mucho, mostró que en la década del 82 al 92 los veintisiete principales productos de exportación de América Latina perdieron un 27% de su valor, es decir, prácticamente tenemos que poner un 30% más de producción para importar lo mismo y ello naturalmente, compromete estos procesos. A su vez, comienza a vivirse la fatiga de los ajustes. Cuando el ajuste económico se reitera y, en definitiva comienza a hacerse crónico, ya no puede hablarse de ajuste, sino de una nueva situación más o menos regular.

De algún modo, hemos vivido un abuso de la propia palabra ajuste, del mismo modo que abusamos de la palabra crisis, que en definitiva siempre es un proceso corto y abrupto, en el cual un conjunto de circunstancias hacen eclosión. Un ajuste es un proceso de adaptación en que una economía busca nuevamente sus equilibrios en un momento en que los excesos de demanda interna o externa han producido el desequilibrio. Pero el ajuste permanente no puede existir. Cuando estamos en una crisis cotidiana o en un ajuste constante, estamos en presencia de una mutación en la vida social. Eso indica que entramos en un tiempo histórico distinto. Hay una fatiga de esos ajustes en la medida en que se buscan esos equilibrios cuando América Latina precisa crecer y el proyecto democrático necesita ese sustento.

Hoy somos cuatrocientos cuarenta millones de personas los habitantes de América Latina, en el año 2000 vamos a ser quinientos cuarenta millones. Precisamos generar de aquí al año 2000 cien millones de nuevos empleos para mantener la situación actual. Para generar esos cien millones de empleos se estima necesario un crecimiento sostenido en la región del producto bruto interno de aproximadamente 7% anual. Los dos últimos años hemos vuelto a crecer y hemos celebrado en América Latina ese hecho, pero ha sido un modesto incremento de 4.3% y de 3.6% en 1991 y 1992. Pero, indudablemente, estamos lejos lo necesario para esa generación de empleo.

El proceso de consolidación democrática que presenta un cuadro geopolítico más favorable, tiene en cambio el lastre, la hipoteca, de este marco económico cuyas consecuencias se ven en muchos ámbitos que cuestionan la propia sobrevivencia democrática: la violencia en las ciudades. Quizás nada perturba más la vida de una sociedad cada más urbanizada, que esa violencia la cual degrada la calidad de vida en las grandes ciudades, aun en aquellas que son expresión de desarrollo industrial. Miremos por ejemplo San Pablo, la ciudad industrial más grande de nuestro hemisferio. En 1992 la policía mató en enfrentamientos con delincuentes a más de mil trescientas personas, un promedio de 3,4 por día. Este dato frío mide lo que es

la vida cotidiana en la ciudad más populosa de América del Sur. Esa expresión de violencia es la resultante de un desarrollo desequilibrado, que conduce a la exclusión social de una masa importante de habitantes de la ciudad.

La violencia se expresa también en el narcotráfico, el cual desafía más que ninguno otro a la comunidad internacional porque no hay modo de encarar un combate nacional para erradicarlo. Basta pensar en lo que ha sido la lucha heroica y solitaria de Colombia en ese terreno para saber lo que representa esa dificultad. Lucha que involucra a políticos, jueces, militares, policías, periodistas y simples ciudadanos. Todos sabemos que no hay una acción internacional vigorosa. Cuando se quieren conjugar esfuerzos para constituir un gran ejército para ir a luchar a algún lugar, se puede hacer. Pero nadie ha constituido una gran armada para combatir el narcotráfico como se hizo para luchar en Irak. Si bien no son hechos comparables sirven para demostrar que lo que a veces se puede, no siempre se hace.

3. Construyendo la democracia

En nuestra América Latina necesariamente no podemos desprendernos de este contexto. Dentro de ella tenemos un debate democrático que hay que ir resolviendo porque es una confrontación de ideas en la cual hay nuevos cuestionamientos. Estamos prisioneros entre dilemas a resolver para construir un pensamiento, una doctrina democrática que represente, en los hechos, una posibilidad cierta que no muera en el terreno etéreo de las teorías sino que se traslade a la acción, pero que, a su vez, de a la gente una convicción, una mística, un espíritu, que la reconcilie y la haga adherirse a ese sentimiento de estar construyendo y viviendo la creación de una gran causa.

En una época quizás bastó con que la democracia fuera mejor que el fascismo. Quizás también bastó con que fuera mejor que el comunismo. Hoy tiene que demostrar que es buena por sí misma y que en ella se siente identificado el ciudadano y el hombre libre.

Tenemos allí entonces un cuadro de dilemas que son a la vez políticos, institucionales, sociales y económicos. Uno es un dilema entre un populismo distribucionista y un liberalismo carente de solidaridad, dos extremos opuestos que se están enfrentando en el debate. El populismo distribucionista nos condujo muchas veces al desequilibrio, a querer repartir una riqueza que no teníamos y, lejos de construir progreso social, condujo al atraso. La respuesta, la posibilidad de una reconstrucción liberal, más allá de proclamar la necesidad que funcione el mercado, también cae en exageraciones. Ha procurado sustituir el fanatismo del voluntarismo

de Estado por un voluntarismo del mercado que tampoco ofrece una respuesta adecuada. Es preciso encontrar una síntesis entre esos dos elementos para que, al final de las grandes tradiciones, las socialistas, la de la búsqueda de igualdad; la socialcristiana, la de la búsqueda de dignidad y la liberal, la de la búsqueda de libertad, podamos encontrar una línea de pensamiento que genere ese liberalismo social o esa socialdemocracia o como queramos llamarla, para poder superar esos excesos.

Lo económico tiene también claramente un segundo dilema. Hemos estado navegando entre la hiperinflación por un lado y los ajustes recesivos por el otro. Los desajustes hiperinflacionarios han sido el producto de esa visión voluntarista del estado, pero su superación tampoco puede conducirnos necesariamente a un ajuste macroeconómico que siempre apunte a la recesión con su corolario de desempleo e inequidad. Debemos restaurar una economía de producción. Este es un desafío de América Latina pero también lo es para todo el sistema económico mundial.

La crisis en el mercado laboral en el mundo desarrollado es el principal indicador. España, que ha sido la transición democrática más exitosa de los últimos años y que ha tenido uno de los procesos de revolución social más vigorosos, navega en su economía con un 22% de desocupación, con casi cuatro millones de personas sin trabajo, insertada, sin embargo, en el gran espacio de una, hasta ahora próspera, economía europea. En todos los países de Europa viene ascendiendo una desocupación, un paro, subproducto no deseado de la competencia económica actual. Salimos de aquel bipolarismo político para entrar en un multipolarismo comercial que nos impone un mundo de bloques y una competitividad que obliga a la baja de costos, a la automatización, a la robotización y, como consecuencia, a una desocupación que cada vez nos hace más difícil administrar.

A mi juicio, nuestra América Latina tiene que encontrar una economía de producción mucho más equilibrada. Que no se deje seducir por la visión puramente financiera y que no se olvide, en consecuencia, de la necesidad de generar empleos.

Esto, naturalmente, aparece combinado con el otro dilema, uno de los grandes debates de nuestro tiempo: el papel del Estado. Tuvimos en un momento el estado planificador, el Estado comercial, el estado industrial cuyos excesos motivaron una reacción que condujo a la aspiración de un Estado mínimo. Sabemos muy bien que el primero con su burocratismo, ahogó de algún modo a las sociedades debido a su peso económico, pero el estado mínimo conduce a una situación de falta de solidaridad y de soledad del individuo que no acepta que de aquel estado paternal se pueda pasar a un estado ajeno, desertor, en el cual su industria, su comercio, su

agricultura y por tanto sus mujeres y hombres comunes, queden liberados a su suerte. Se hace necesario reconstituir una nueva visión del Estado en la cual todos podamos coincidir y en la que tengamos un Estado que mantenga la comunidad nacional unida y se constituya, a la vez, en el garante básico de los equilibrios sociales. Un Estado quizás no planificador pero tampoco negligente a la hora de proporcionar esas garantías.

Otro dilema que está enfrentando nuestra democracia es su modelo de desarrollo. Cuando hemos ido al desarrollo industrial, hemos producido una gran depredación del medio ambiente. Se trata de salir de esa situación sin caer en un romanticismo ecológico paralizante o, peor aun, en asumir culpas propias del mundo desarrollado. Hay que tener en cuenta que ellos destruyeron su propio medio ambiente y luego nos reclaman que no toquemos nuestra naturaleza, ya que es patrimonio de la humanidad. Entre ambos términos tenemos que buscar nuestro propio camino en un desarrollo equilibrado y armónico. Debemos reconocer límites para el desarrollo económico, de modo de no alterar el equilibrio de los ecosistemas. Esto no significa que debamos detenernos en el camino del crecimiento económico debido a una influencia intelectual ajena o un romanticismo propio que pueda estar equivocado.

4. Democracia y representación

Nuestra propia democracia, en lo político, también navega entre dilemas. Por un lado el de una democracia elitista o caudillista, a la cual se le opone una doma del poder que termina siendo ineficaz. La democracia tradicional ha tenido sus instrumentos de expresión en élites conducidas por caudillos tradicionales que han traducido sentimientos de los pueblos, en partidos que se configuraron históricamente a través de ciertas tradiciones y figuras, situación cuestionada, discutida, que ha merecido naturalmente más de una vez, el ataque, la discusión, el debate, reclamándose la instauración de un sistema de instituciones que pudiera disminuir todos los males de aquella situación, dado que la primera puede conducir a la parálisis, a una democracia ineficaz. Ese es uno de los desafíos que tenemos, quizás el mayor, los políticos, los juristas, los politólogos, el de construir instituciones que sean eficaces. Precisamente la democracia no puede agotarse en una retórica de las libertades y luego caer en una acción ineficaz.

La democracia tiene que sentir, y hacer sentir al ciudadano través de su voto y su participación que es un régimen responsable. El ciudadano debe percibir que la democracia sirve para hacer funcionar los servicios y para que, en definitiva, los gobiernos puedan gobernar y las minorías puedan cuestionar y fiscalizar. Debe predominar la sensación que las cosas andan, que es uno de los mayores cuestionamientos que podemos hacer a nuestra democracia.

Finalmente, esto nos lleva a lo que es el gran debate y otro gran dilema de nuestro tiempo en todo el mundo y en nuestra América: la crisis de representación. Al cuestionamiento de la esencia misma de una democracia, a la que se quiso representativa. Nació hace doscientos años a fin que pudiéramos tener hoy ese trípode que organiza en definitiva la filosofía democrática: un sistema político basado en las libertades, una economía basada en el mercado y una concepción ética basada en los derechos humanos y en los derechos sociales. Estos son los tres ingredientes, las tres vertientes que configuran el concepto de democracia representativa. Pero se cuestiona que esa representación sea ejercida a través de gobernantes electos, los que llegan al poder a través de su acción dentro de partidos políticos, organizaciones que, a su vez, actúan en el escenario y en la escena con sindicatos, con iglesias, con diversas organizaciones de la sociedad civil.

Se cuestiona porque se siente que los políticos son parte de élites no representativas, que integran partidos cerrados u oligarquizados, privilegiados manipuladores del poder. Esa reivindicación o ese ataque conlleva también un peligro y es que salgamos de la democracia representativa para caer en un nuevo corporativismo. Hay que señalar enfáticamente que la legitimidad de un gobierno democráticamente electo podrá ser discutible, pero, en todo caso, la misma emana del cuerpo ciudadano, que es el depositario final de la soberanía popular. Por cierto, un poder bastante mayor que la sociedad propietaria de una cadena de televisión que tiene tanto o más influencia que el Estado.

Cualquier legislador de nuestra América si se le da a elegir entre una hora hablando en su parlamento o dos minutos en una cadena de televisión va a elegir esto último, eso quiere decir que el poder no está más en el parlamento, sino en la pantalla de televisión. Se ha constituido en un poder demasiado fuerte, al cual debemos manejar con un enorme equilibrio, pues estamos frente al derecho a la información que implica una de las formas modernas de participación de la ciudadanía.

No hay que dejar que la democracia representativa se deslice por el descrédito cómodo al cual, a veces hasta por facilidad de lenguaje o por demagogia circunstancial nos sumamos, o nos podemos sumar todos, y quede en manos de organizaciones que asumen la representación del pueblo pero que, en todo caso, dejan de lado a aquellos que viven el sacrificio de la vida política. Se trata entonces de encontrar una síntesis entre dos conceptos que no pueden ser opuestos: representación y participación.

La participación no puede ser un fenómeno a través del cual diversas organizaciones sociales, cuya legitimidad también tiene zonas claras y zonas grises, usurpen el poder público. Ni, a la inversa, un poder público que ignore esos nuevos poderes que la sociedad ha generado. En una palabra: hay que lograr que la

representación tenga en la participación un elemento de vigorización. La participación debe orientarse de modo de unificarse con los mecanismos de representación para poder consolidar los procesos democráticos. Hay que buscar la forma que la gente sienta que los partidos son democráticos y que tienen la posibilidad de acceso a ellos. Que los candidatos no son el resultado de procesos en los cuales las élites eligen y deciden todo, o que el dedo de un caudillo o de un presidente o de una persona sea quien elige a ese candidato y decida en consecuencia los destinos del país. Debemos lograr que los partidos sean instrumentos democráticos pero también deben serlo los sindicatos y las organizaciones gremiales de empresarios.

El desafío para construir un pensamiento democrático que reconstruya la racionalidad después de lo que fueron los excesos resultado de las acciones de las corrientes populistas o las ideologías totalitarias es la reconciliación entre representación y participación. Una reconstrucción de la racionalidad que defienda los valores esenciales del movimiento liberal, de los principios del humanismo del cual nosotros somos, todavía y felizmente, tributarios, como base de nuestra civilización.

Hoy la filosofía llamada posmodernista cuestiona estos valores y más que nunca sentimos que hay allí un enorme peligro. Habermas, un filósofo muy crítico de lo que fue la sociedad democrática, llega a la conclusión que detrás de lo que se llama la "pos-ilustración" hay un movimiento profundo de pensamiento de "contra-ilustración" que puede generar la semilla de un instintivismo irracional que nutra, como ya lo está haciendo el renacimiento del racismo, el divisionismo y los particularismos locales, movimientos autoritarios, y toda esa conflictualidad étnica está *in crescendo*. Hay que afrontar este peligro. Hay que encarar una revalorización ética que le de al ciudadano la sensación que no es simplemente un consumidor y que la democracia no es un mero subproducto del mercado.

El concepto general de la democracia supone una reconstrucción racional y una revalorización ética. Si logramos en los próximos tiempos darle contenido a estas propuestas para tener una nueva formulación democrática, este siglo que está comenzando podrá mirar el de atrás sintiendo que ha superado sus mayores conflictos y preservado esos grandes valores del humanismo que siguen siendo los que animan a la democracia, que son su fin y el horizonte de todo aquello que tenemos que construir políticamente. Instrumento al fin de una visión liberal y humanista al servicio de la dignidad humana.